

La revolución del recreo





Edita: Área de Cohesión Social e Igualdad.
Servicio de Igualdad y Diversidad.

Imprime: Imprenta Provincial.
Diputación de Sevilla.

Depósito legal: SE 3629-2025

1

El golpe

Cada día, al sonar el timbre, todo el mundo salía
disparado al patio al mismo momento.

Pero, curiosamente, nadie se chocaba.

Cada persona parecía saber dónde ir.

Lola se sentó en su banco, el mismo banco de siempre,
pegado a la pared que da sombra.

Con su libreta abierta sobre las rodillas,
dibujaba las formas que el recreo inventaba.

Grupos que corren,
grupos que saltan,
grupos que gritan,
grupos que se encierran en círculos como secretos.

Los zapatos rozan el suelo como música.

Las risas suben, se cruzan.

Los pasos rápidos cortan el patio como una gran coreografía.

Todo parece en armonía.

O lo parecía...

¡ZAS!

Un balón estalla contra la pared,
a tres centímetros de su oreja derecha.

Lola salta, la libreta vuela.

Un dibujo de un dragón con coletas cae boca abajo en el polvo.

—¡Eh! ¡Devuélvelo! —grita alguien desde el centro del patio.

Pero Lola no se mueve.

Mira el balón que ha rodado hasta sus pies.
Y de pronto, como si alguien hubiera encendido una luz distinta,
empieza a ver.

Ya no es solo un grupo que corre y otro que no.
Esos que corren ocupan todo el centro.
Esas que no, se aprietan contra las paredes.
¿Y las que dibujan? Pues, a los rincones.

—¿Por qué siempre pasa lo mismo? —susurra.

Esa tarde, cuando Ruby se sienta a su lado,
Lola ya no dibuja formas,
sino flechas.

Las flechas del balón.
Las flechas de las niñas que esquivan.
Las flechas de quien mira sin jugar.
Y las que apuntan hacia ningún sitio,
donde nadie parece mirar.

—¿Qué dibujas? —pregunta Ruby, asomándose a la libreta.

—Un mapa —responde Lola sin dejar de trazar—. El mapa
del recreo.

Ruby se ríe. Tiene una risa que sale disparada en todas direcciones.

—¿Y para qué sirve?

—Para entender por qué todo pasa siempre en el mismo sitio...
y a las mismas personas.





Ruby se queda en silencio. Luego mira al centro del patio, donde vuelan dos balones y tres gritos. Después mira el borde, donde niñas en fila hablan en grupos.

—A veces yo quiero jugar al fútbol —dice—, pero si llevo mi balón me dicen que el fútbol no es para niñas.

—¿Y lo es?

—¡Claro que sí! ¡Somos campeonas del mundo!

Lola sonríe. Cierra la libreta.

—Mañana, tráelo.

—¿Para qué?

—Para ver qué pasa cuando alguien pisa fuera del mapa.

Ruby se queda mirándola. Luego asiente con la cabeza.

Amanar, que ha estado observando todo desde el otro banco, se levanta despacio. Tiene en la mano una cuerda hecha con retales de colores. La agita un poco.

—Yo también quiero salir del mapa.

Y aunque todavía no lo saben, ese día, en un rincón del patio, ha comenzado algo.

Algo pequeño.

Pero muy, muy fuerte.





2

La línea invisible

Al día siguiente, Ruby llega al patio con su balón.
Lo lleva bajo el brazo,
y camina con paso firme hacia el centro del patio.

Los chicos ya están jugando.
El balón va de un pie a otro
como si fuera un secreto que solo ellos entienden.

Ruby se detiene justo en el borde de su campo invisible.

Hugo la ve. Frunce el ceño.

—¿Y tú qué haces aquí?

Ruby lo mira. No levanta la voz, pero tampoco la baja:

—Quiero jugar.

Hugo se ríe con una risa que no hace gracia.

—Cuántas veces te he dicho... El fútbol no es para niñas.

Entonces Ruby da un paso.

Uno solo.

Pero ese paso suena como si hubiese crujido algo en el suelo.

Cruza la línea invisible.

Y dice:

—Sí podemos. Somos campeonas del mundo.

Silencio. Hasta el balón se queda quieto.

Manolo la mira.

Y, sin decir nada, le pasa el balón.

Ruby lo atrapa sin dudar y entra al juego.

Los primeros minutos son incómodos. Nadie se la pasa.
Pero Ruby corre, roba un balón, lo defiende, lo cuida.

Y cuando marca un gol, Hugo dice:

—Bah, fue suerte.

Ella no responde. Solo sonríe. Y se acerca de nuevo:

—¿Me la pasas?

Esta vez, otro chico se la pasa. Y el juego sigue.
No igual. Distinto.

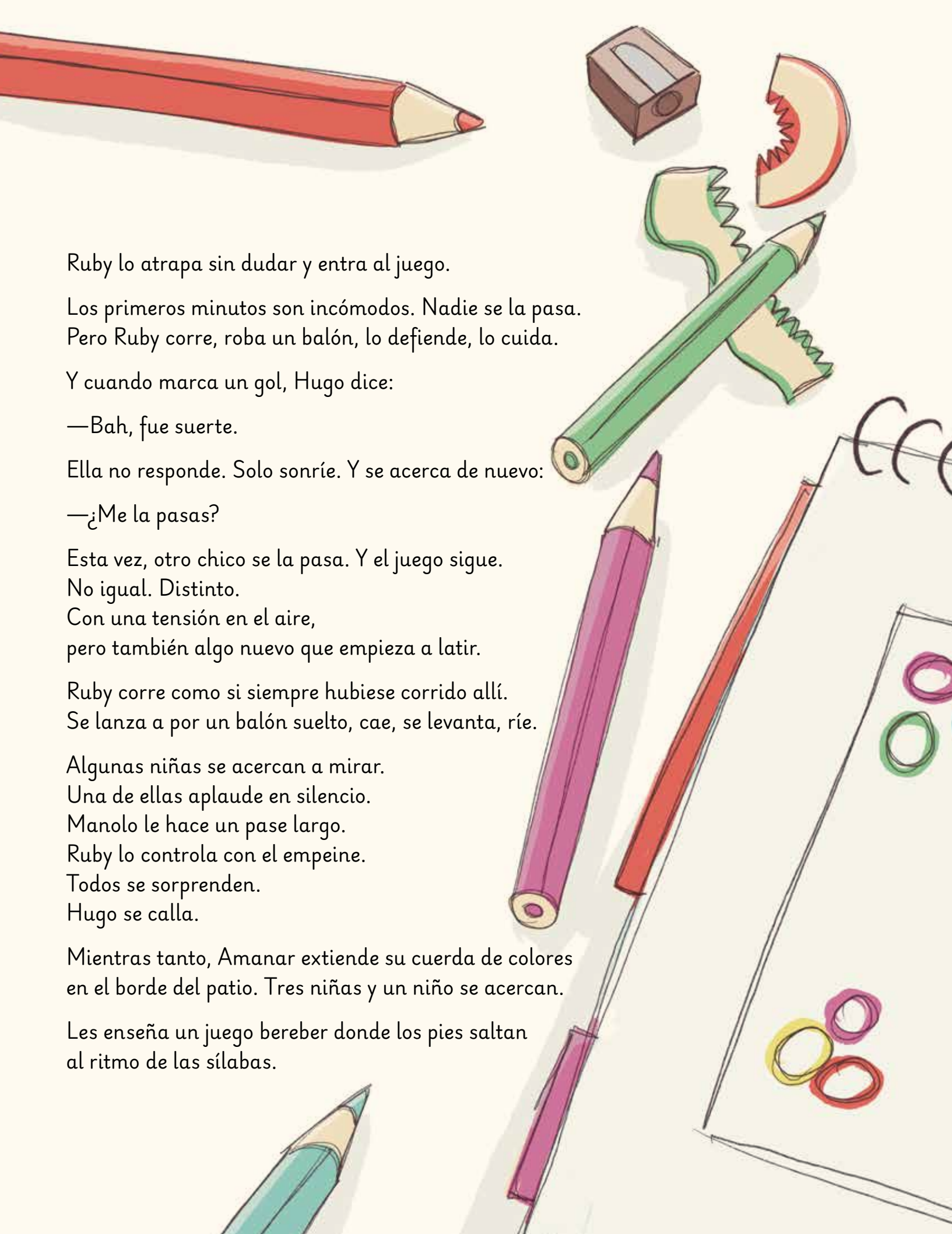
Con una tensión en el aire,
pero también algo nuevo que empieza a latir.

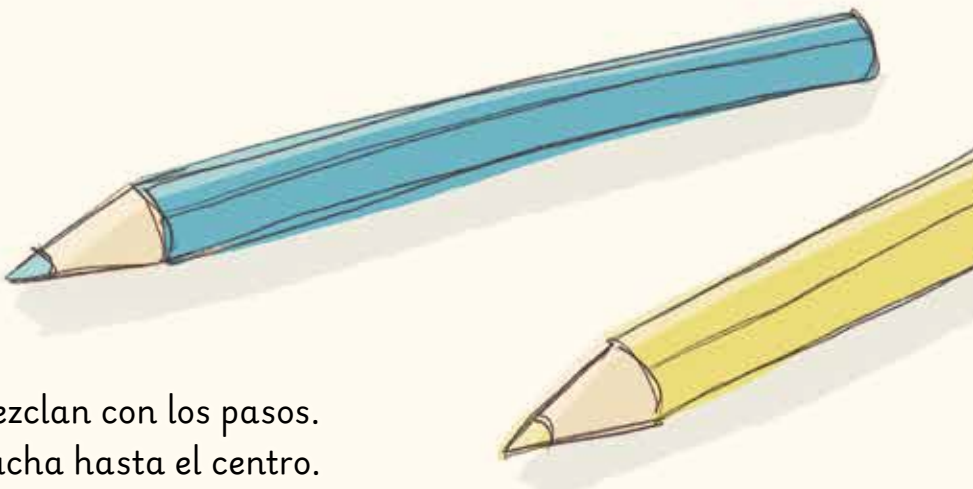
Ruby corre como si siempre hubiese corrido allí.
Se lanza a por un balón suelto, cae, se levanta, ríe.

Algunas niñas se acercan a mirar.
Una de ellas aplaude en silencio.
Manolo le hace un pase largo.
Ruby lo controla con el empeine.
Todos se sorprenden.
Hugo se calla.

Mientras tanto, Amanar extiende su cuerda de colores
en el borde del patio. Tres niñas y un niño se acercan.

Les enseña un juego bereber donde los pies saltan
al ritmo de las sílabas.





Las voces se mezclan con los pasos.
El ritmo se escucha hasta el centro.

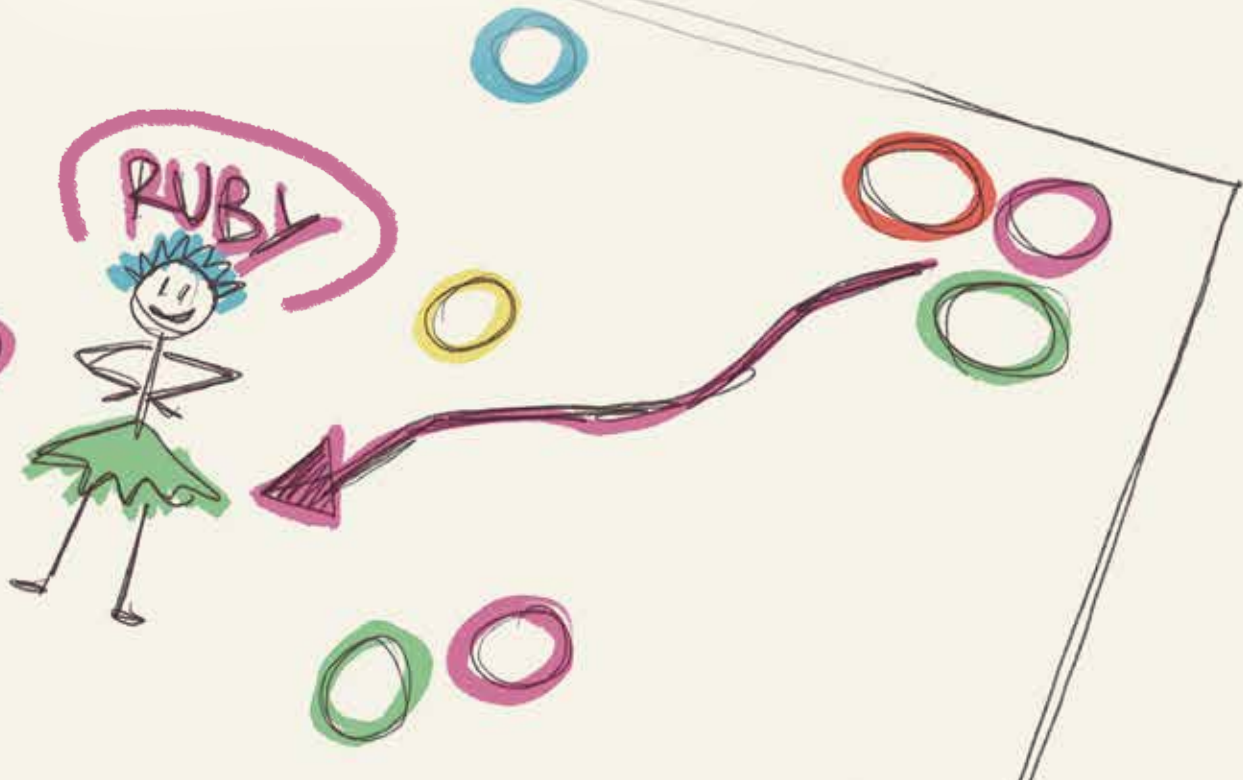
Lola dibuja desde el banco.
Sus flechas ya no siguen las reglas de antes.
Ahora se cruzan.
Cambian de dirección.
Bajan,
suben,
giran.

Traza un círculo en el centro y escribe dentro un nombre:
Ruby.

Por primera vez, el centro del patio tiene nombres nuevos.
Y risas nuevas.

Lola piensa:

“El balón ya no rueda solo en una dirección.”





3

El recreo revuelto

Ruby no ha vuelto al banco desde que cruzó la línea invisible.

No pide permiso.

No espera turno.

Solo juega.

Y juega bien.

Ese día, otras niñas se acercan al borde del campo.

Algunas solo miran. Otras se atreven a pedir turno.

—¿Puedo entrar después de ti? —pregunta una.—¿Y si jugamos por equipos mixtos? —dice otra.

Algunos chicos se miran entre ellos. Uno dice:

—Esto ya no es fútbol.

Pero el balón rueda igual. Y las risas no paran.

En otro rincón del patio, Amanar salta con dos niñas usando su cuerda de colores.

Dos niños se acercan, curiosos.

Se quedan mirando, dudan. Luego uno bromea:

—¿Eso qué es? ¿Baile de niñas?

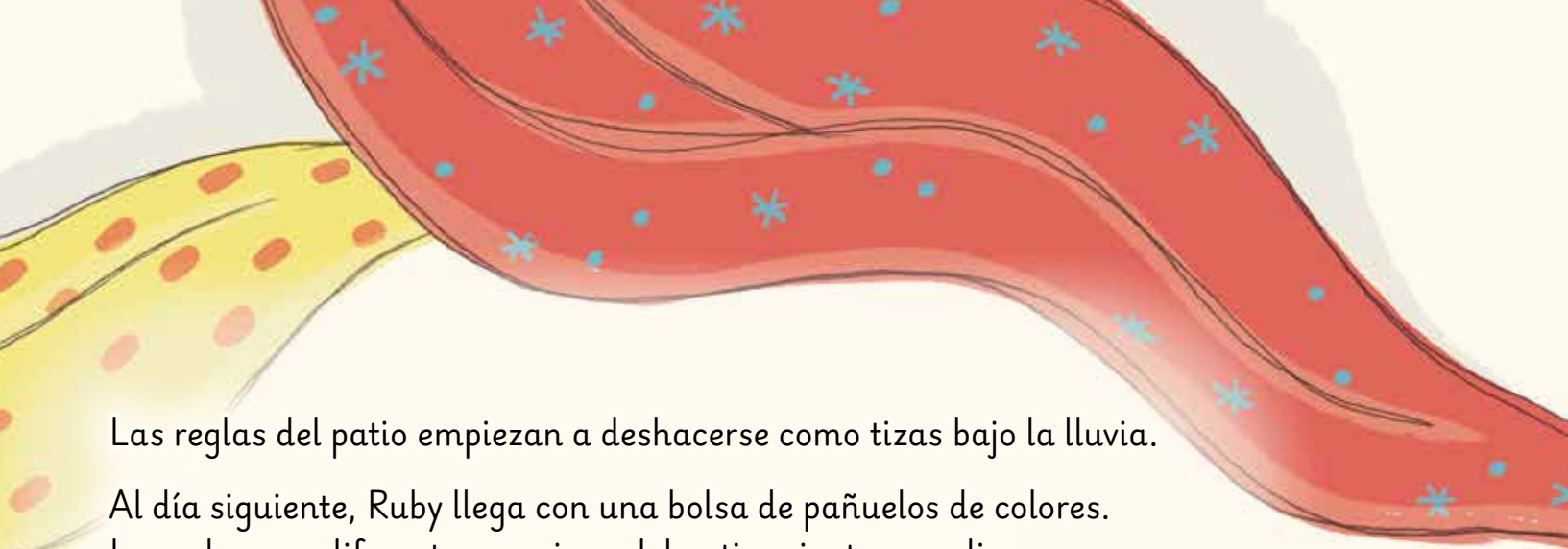
Amanar sonrío sin dejar de saltar.

—Es un juego bereber. Y si crees que es fácil, ven a intentarlo.

Los niños se miran. Uno acepta el reto.

Falla, se ríe, vuelve a intentarlo.

Al tercer intento, ya están todas riendo juntas.



Las reglas del patio empiezan a deshacerse como tizas bajo la lluvia.

Al día siguiente, Ruby llega con una bolsa de pañuelos de colores. Los coloca en diferentes esquinas del patio mientras explica:

—Vamos a jugar a *Atrapa colores*. Yo digo un color, y tenéis que correr a tocar el pañuelo antes de que cuente hasta cinco.

—¿Y si no llegamos? —pregunta alguien.

—El que se quede atrás elige el próximo color —responde Amanar, sumándose sin dudar.

Ruby grita:

—¡Rojo!

Y como si alguien hubiera quitado el tapón de una botella, niñas y niños salen corriendo en todas direcciones.

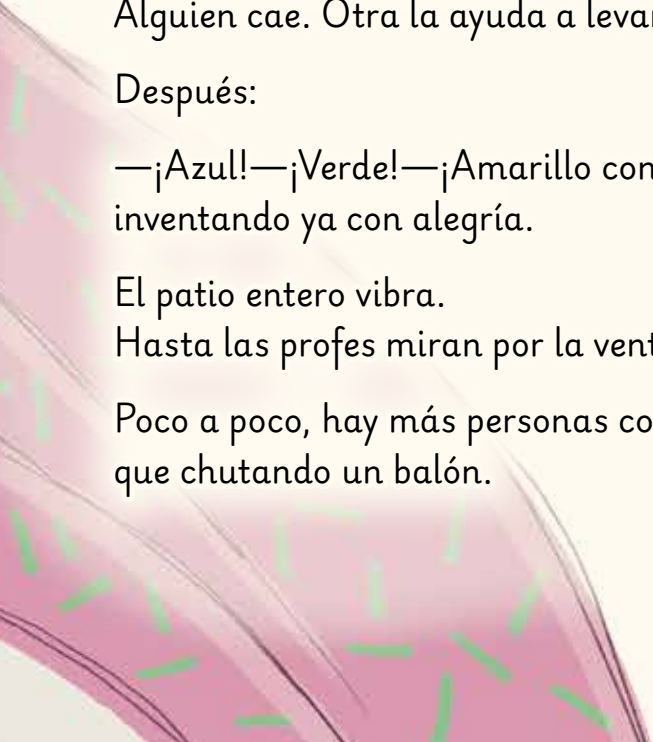
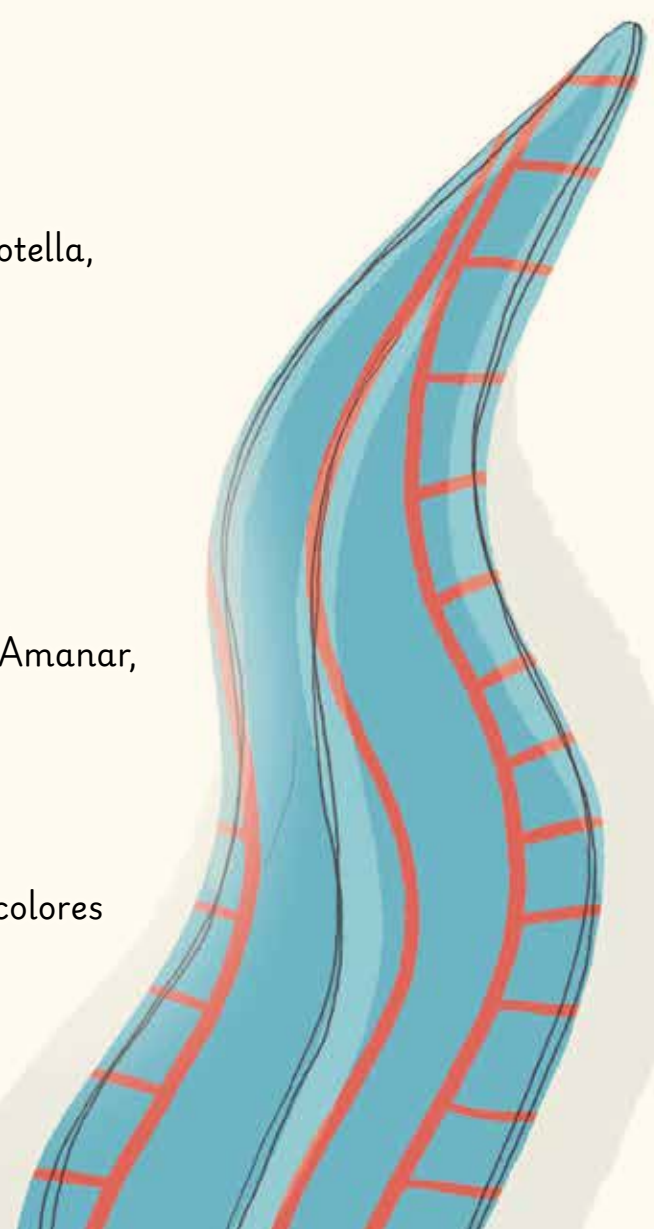
Gritan,
tropiezan,
se empujan sin hacer daño.
Alguien cae. Otra la ayuda a levantar.

Después:

—¡Azul!—¡Verde!—¡Amarillo con puntitos! —grita Amanar, inventando ya con alegría.

El patio entero vibra.
Hasta las profes miran por la ventana.

Poco a poco, hay más personas corriendo detrás de colores que chutando un balón.





Hugo y dos chicos más se sientan en el banco.
Los brazos cruzados.
Las cejas fruncidas.

—¿Y ahora qué? ¿Se acabó el fútbol o qué?

Nadie responde.
Pero la protesta se nota.

Ruby los ve. No dice nada.
Solo lanza un pañuelo azul en su dirección.
Manolo los mira,
con una sonrisa que no se burla. Solo invita.

Uno de ellos se levanta.
Luego el otro.
Corren.
Ríen.
Atrapan colores.

Al final, Hugo se une como una más.

Y por primera vez, el centro del patio no tiene dueña.
Es de todo el mundo.
De quien quiera usarlo.

El terreno común se ha abierto.
Y nadie parece querer cerrarlo.



4

Dibujo sin bordes

Lola sigue sentada en su banco, dibujando mapas.
Sus líneas giran,
suben,
se entrelazan.

Algunas se convierten en espirales,
otras en círculos abiertos.

—Ya no hay flechas que se repiten —escribe al margen de la hoja—.
Ahora son caminos que se cruzan.

Manolo se sienta a su lado, más callado que de costumbre.
La mira dibujar durante un rato sin decir nada.

—¿Sabes? —dice al fin—. Antes, en el centro, yo era el rey.
Todo giraba a mi alrededor. Pero ahora... no sé qué soy.

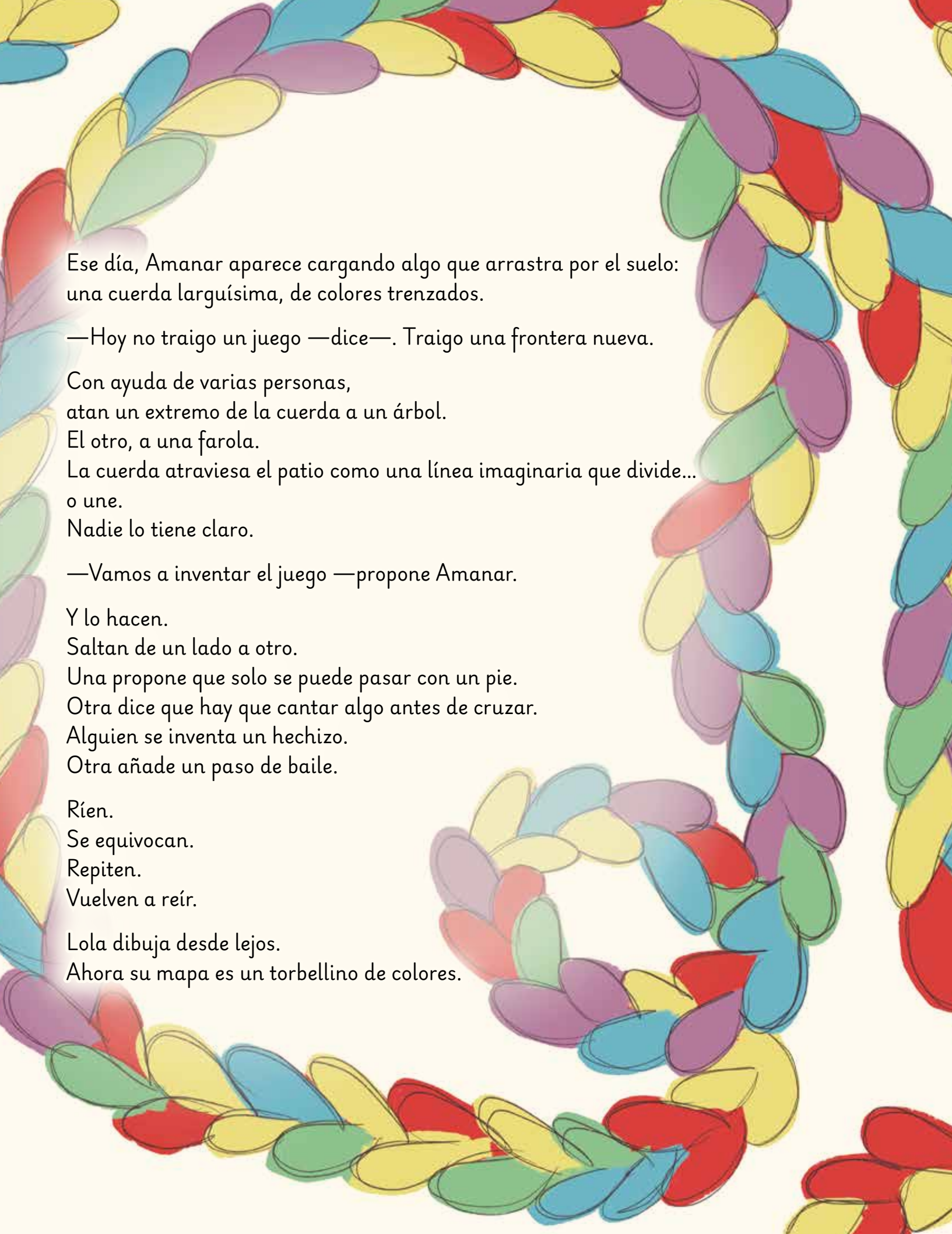
Lola no deja de mover el lápiz.

Le muestra una página del cuaderno.
Hay una red de líneas que se cruzan, sin centro.
En cada cruce, un nombre.

—A veces no hay que mandar ni desaparecer —dice—.
Basta con participar.

Manolo asiente, pensativo.

Se queda allí un rato más,
mirando cómo la punta del lápiz baila sobre el papel.



Ese día, Amanar aparece cargando algo que arrastra por el suelo:
una cuerda larguísima, de colores trenzados.

—Hoy no traigo un juego —dice—. Traigo una frontera nueva.

Con ayuda de varias personas,
atan un extremo de la cuerda a un árbol.

El otro, a una farola.

La cuerda atraviesa el patio como una línea imaginaria que divide...
o une.

Nadie lo tiene claro.

—Vamos a inventar el juego —propone Amanar.

Y lo hacen.

Saltan de un lado a otro.

Una propone que solo se puede pasar con un pie.

Otra dice que hay que cantar algo antes de cruzar.

Alguien se inventa un hechizo.

Otra añade un paso de baile.

Ríen.

Se equivocan.

Repiten.

Vuelven a reír.

Lola dibuja desde lejos.

Ahora su mapa es un torbellino de colores.



Cada persona propone algo:
Una niña dibuja una rayuela doble.
Un niño marca un circuito de obstáculos.
Ruby enseña un pase nuevo que aprendió viendo fútbol femenino.
Manolo inventa un reto de equilibrio con botellas recicladas.
Nadie manda.
Todo el mundo aporta algo.

Al final del recreo, se quedan en corro, sudando,
con las mejillas rojas y el corazón lleno.

—¿Y si lo hacemos con todo el patio? —pregunta alguien.

Silencio.

Miradas.

Ojos que brillan.

—¿Un recreo entero sin líneas? —dice Amanar.

Lola sonríe.

En su cuaderno ya ha empezado a dibujarlo.

Un patio sin bordes.

Sin centros.

Solo caminos.

La revolución, pensó, ya no cabe en una hoja sola.



5

Juego libre

La idea ya no es solo un dibujo en el cuaderno de Lola.
Ahora es un plan, una propuesta, una revolución con título:
Un recreo sin líneas.

—No es solo para jugar —dice Ruby—.
Es para que todo el mundo tenga sitio.

—Y para probar todo lo que aún no hemos probado —añade
Amanar.

Lola, Ruby, Amanar y Manolo se reúnen durante los recreos y
algunas tardes.

Lola diseña un plano del patio en blanco.

Ruby hace listas de materiales.

Manolo anota juegos.

Amanar se inventa canciones para los turnos.

Cuando lo tienen todo preparado, piden hablar con la profe Isabel.

Ella escucha en silencio, con los brazos cruzados
y una sonrisa que se le va escapando poco a poco.

—Me parece una idea brillante —dice al final—. Lo llevaré al
profesorado.

El viernes, antes de terminar la jornada, lo anuncian por megafonía:

—El lunes, el recreo será distinto. Sin zonas marcadas.
Sin actividades obligatorias. Sin líneas. Será... *El Recreo Libre.*



Las caras en las filas son una mezcla de asombro, emoción y miedo.

Alguien pregunta en voz baja si podrán seguir jugando al fútbol.

Otra pregunta si habrá música.

Una niña aplaude sin querer.

Y entonces llega el lunes.

El patio amanece con cajas llenas de tizas, cuerdas largas, pelotas blandas, pañuelos, aros, pinceles con agua y piedras planas.

No hay marcas en el suelo.

No hay turnos escritos.

No hay nadie vigilando,
solo profes que observan y sonríen.

Lola extiende una hoja gigante en el banco
y empieza a dibujar el nuevo patio en tiempo real.

Hugo inventa un reto de equilibrio con ladrillos de gomaespuma.

Ruby y Manolo lo prueban,

se caen,

se levantan,

lo mejoran.

Añaden una cuerda floja.

Luego lo llaman *El Paso del Dragón*.





Amanar canta una canción bereber para organizar los turnos de un juego de piedra y salto.

Todas repiten la letra como un conjuro nuevo.

Una niña convierte un rincón en una pista de baile.

Dos niños crean un circuito de saltos.

Un grupo mezcla fútbol con preguntas de cultura general.

Cada cinco minutos, el patio cambia de forma.

Hay tropiezos, enfados, confusión.

Pero también risas que no estaban antes.

Miradas nuevas.

Amistades que nacen entre juego y juego.

Al final del recreo, cuando suena el timbre, nadie corre hacia la fila.

Todo el mundo se queda quieto.

Un poco sudado.

Un poco feliz.

—¿Ya? —pregunta alguien.

La profe Isabel sonríe desde la puerta. —Sí. Pero mañana hay más.

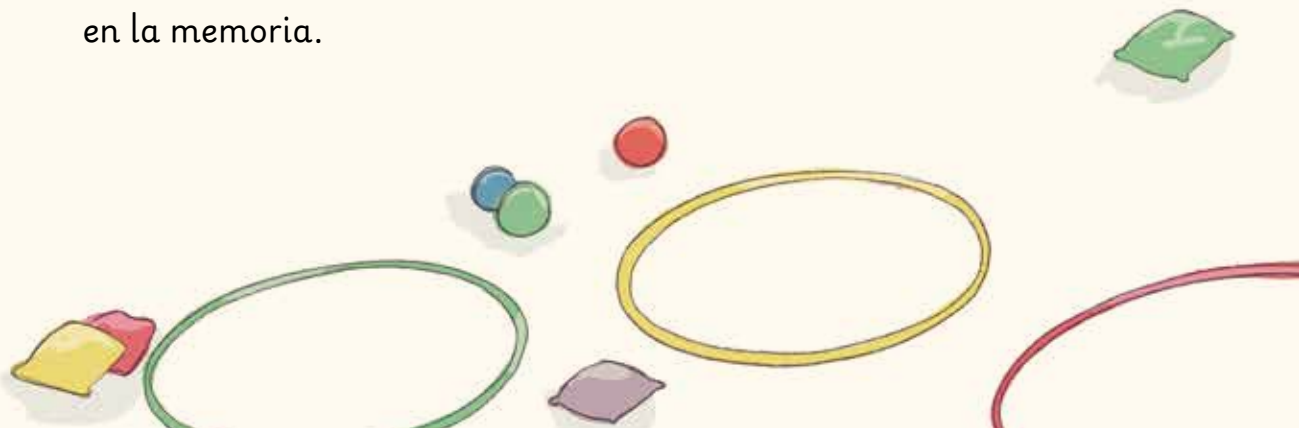
Y por primera vez, al volver a clase, el recreo no se queda atrás.

Va con cada persona,

en las zapatillas,

en las manos,

en la memoria.





6

El nuevo mapa

Al día siguiente, suena el timbre como siempre.
Pero algo es distinto.
El recreo "normal" vuelve...
pero no del todo.

Nadie corre directo a su sitio de siempre.
Algunas caminan sin prisa,
mirando el patio como si fuera nuevo.

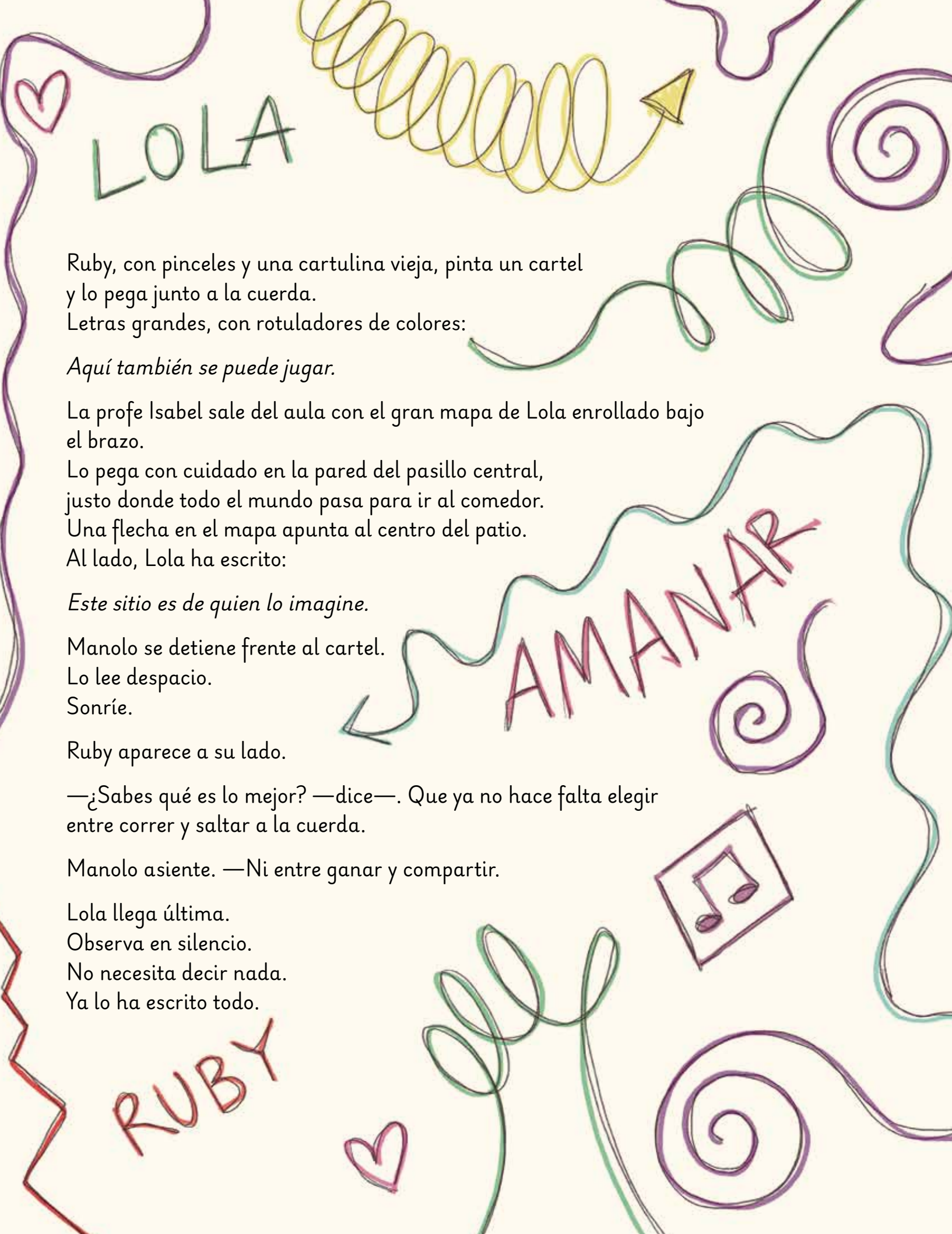
Las niñas ya no se agrupan en los márgenes.
Varias corren hacia el centro.
Una lleva una pelota.
Otra se arrodilla a dibujar con tiza justo en medio del campo.
Nadie la echa.

Dos niñas ponen música desde un altavoz pequeño.
Un niño baila, solo, riendo.
En vez de miradas raras, recibe aplausos.

Manolo se une al juego de pases.
Pero esta vez, hay dos niñas en su equipo.
Y Ruby juega de portera, aunque dice que prefiere marcar goles.

Amanar cuelga de nuevo su cuerda entre el árbol y la farola.
Ya nadie pregunta qué es.
Dos profes la prueban.
Una se cae.
Ríe.
Se levanta.
Vuelve a intentarlo.





LOLA

Ruby, con pinceles y una cartulina vieja, pinta un cartel y lo pega junto a la cuerda.

Letras grandes, con rotuladores de colores:

Aquí también se puede jugar.

La profe Isabel sale del aula con el gran mapa de Lola enrollado bajo el brazo.

Lo pega con cuidado en la pared del pasillo central, justo donde todo el mundo pasa para ir al comedor.

Una flecha en el mapa apunta al centro del patio.

Al lado, Lola ha escrito:

Este sitio es de quien lo imagine.

Manolo se detiene frente al cartel.

Lo lee despacio.

Sonríe.

Ruby aparece a su lado.

—¿Sabes qué es lo mejor? —dice—. Que ya no hace falta elegir entre correr y saltar a la cuerda.

Manolo asiente. —Ni entre ganar y compartir.

Lola llega última.

Observa en silencio.

No necesita decir nada.

Ya lo ha escrito todo.

RUBY

MAX



Aunque en su cuaderno añade una línea más.
Al final de todo.

*Antes creía que el recreo era fijo.
Ahora sé que es una brújula sin norte,
donde cada quien puede inventar su camino.*

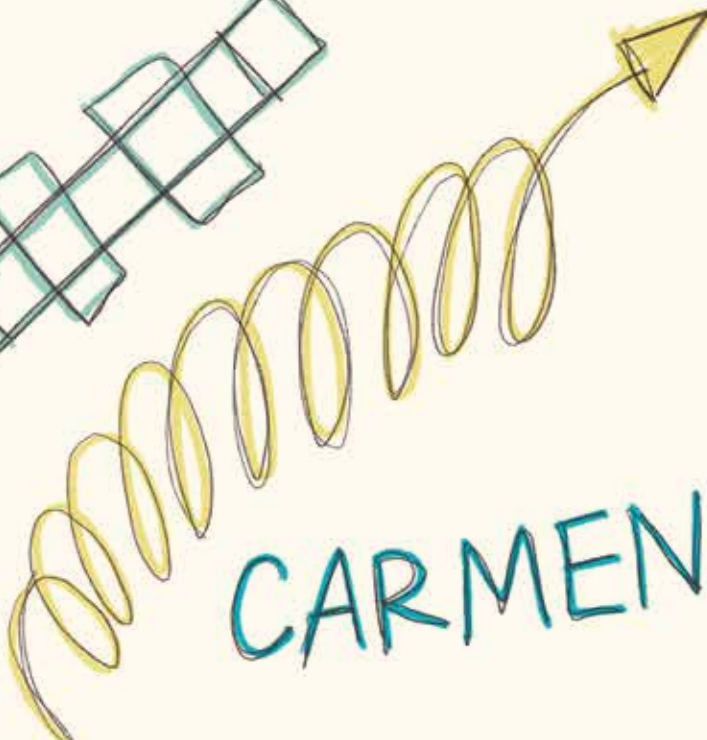
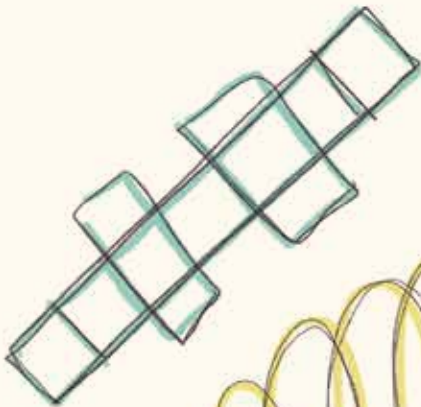
Y cuando cierra la tapa, el timbre suena de nuevo.

El recreo ha terminado.
Pero la revolución apenas ha comenzado.

FIN

HUGO

MANOLO



CARMEN



¿Quién ocupa el centro del patio en tu cole?

¿Alguna vez te has preguntado por qué?

¿Te sientes libre de estar donde tú quieras?

¿Hay juegos, juguetes, ropa, actividades o maneras de actuar que parecen “para niñas” o “para niños”?

¿Te gustaría probar alguno que nunca has probado?

¿Qué te lo impide?

¿Quién toma las decisiones sobre a qué se juega y cómo?

¿Alguna vez has tenido una idea para un juego diferente?

¿Qué pasó cuando la propusiste?

¿Te has sentido alguna vez
fuera de lugar durante el recreo?

¿Y alguien que conozcas?

¿Qué podría cambiar para que todo el mundo se sienta incluido?

¿Conoces a alguien que observe
mucho, como Lola?

¿O alguien que se atreva a cambiar las cosas,
como Ruby, Manolo o Amanar?

¿Qué papel crees que tú sueles tomar?

Si pudieras redibujar tu recreo,
como en el cuento, ¿cómo sería?

¿Qué cambiarías? ¿Qué dejarías igual?

¿Qué nuevos caminos trazarías?

